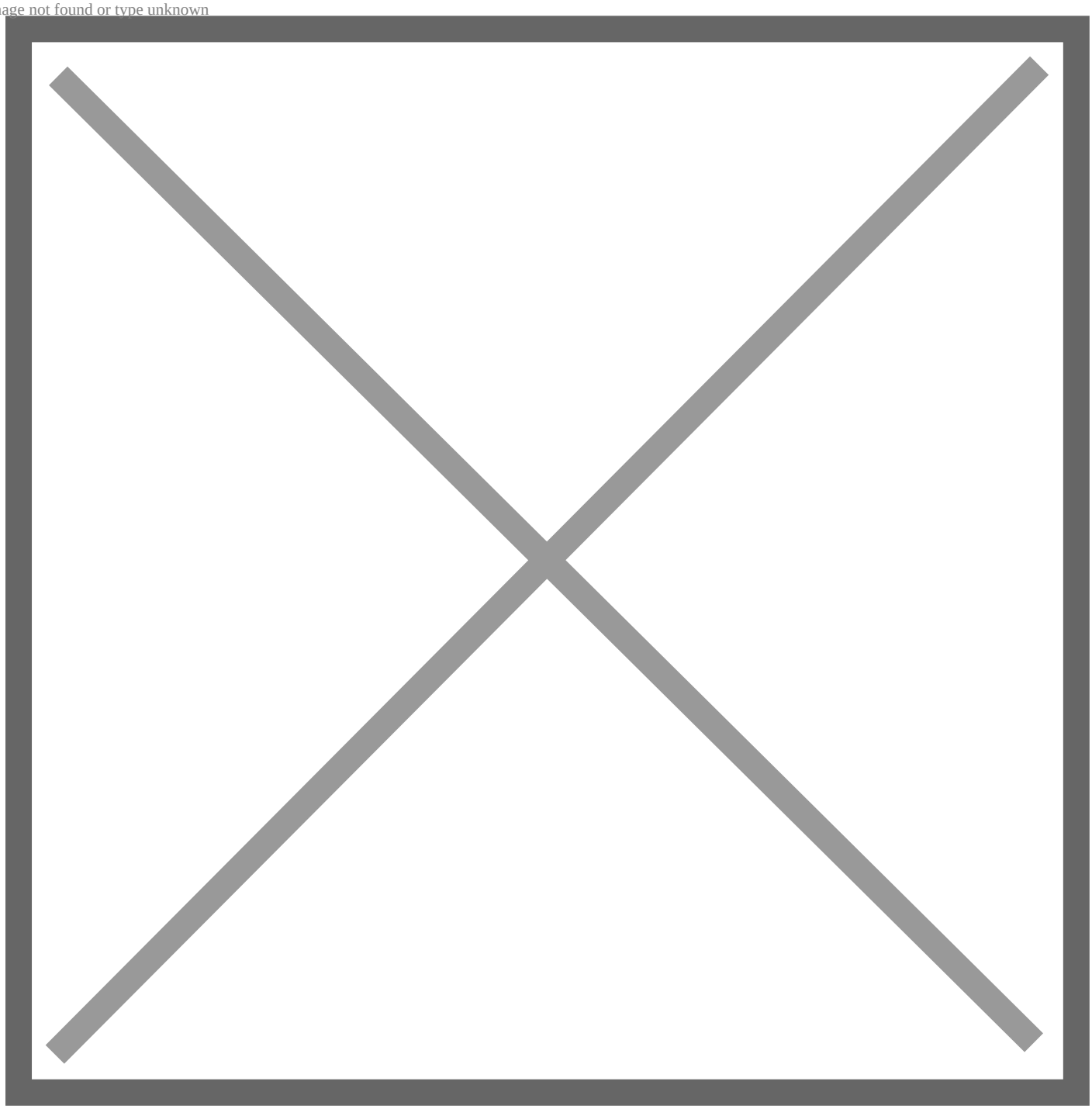
Image not found or type unknown



1625-2025

Sainte-Anne-d'Auray, la prueba de que Dios no puede fallar

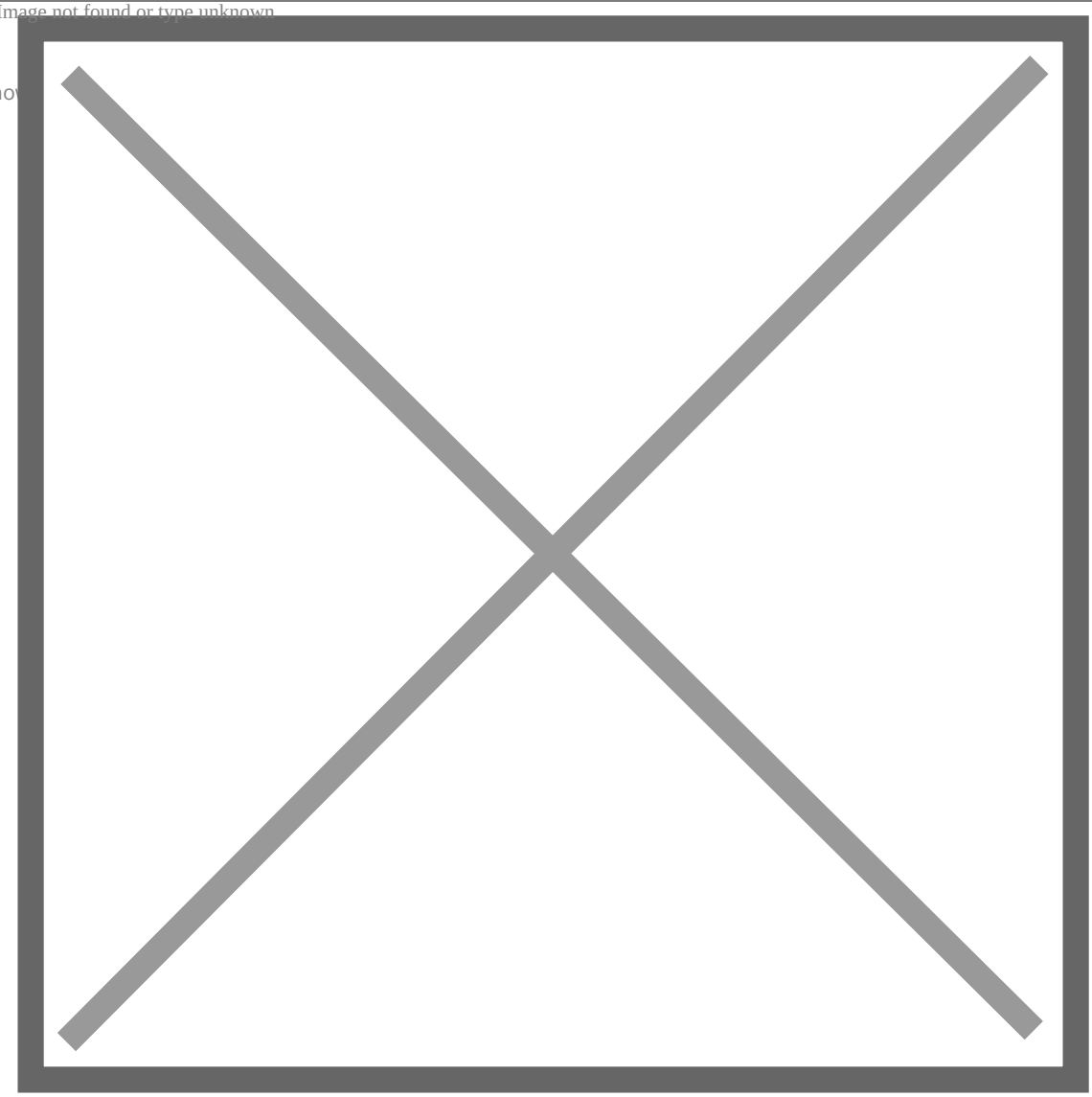
ECCLESIA 28_07_2025

img

Image not found or type unknown

Image not found or type unknown

Stefano Chiappalone



«El Altísimo se digna revelar los misterios inefables del Reino de los Cielos ante todo a los pequeños. Por eso, por la gracia de Dios, Santa Ana, madre de la dulcísima Virgen María, se apareció milagrosamente al campesino Yves Nicolazic para que la fe del pueblo de Bretaña ardiera con una renovada llama espiritual». Así evoca León XIV los orígenes del santuario de Sainte-Anne-d'Auray, en la carta al cardenal Robert Sarah, llegado a la localidad bretona para asistir, en calidad de delegado papal, a las celebraciones del IV centenario de las apariciones, ocurridas entre 1623 y 1625. En el lugar se construyó —o, mejor dicho, como veremos, se reconstruyó— una capilla, sustituida en el siglo XIX por la actual basílica, que en 1996 recibió la visita del peregrino más ilustre, San Juan Pablo II.

A partir del verano de 1623, Yves (o Yvon) Nicolazic, un campesino acomodado y muy piadoso del pueblo de Keranna, tuvo repetidas visiones. La primera de ellas tuvo lugar en su casa: un resplandor cegador en el que solo distinguía una mano que sostenía una

antorcha. El fenómeno se repitió varias veces posteriormente. Sin embargo, la aparición «decisiva» tuvo lugar junto a una fuente, donde vio a una majestuosa dama vestida de blanco... que sostenía una antorcha en la mano. La volvió a ver más tarde, pero solo en la noche entre el 25 y el 26 de julio de 1624 le dijo su nombre: «*Me zo Anna Mam Mari*» («Soy Ana, la madre de María») y añadió: «Dile a tu rector que en el campo llamado Bocenno, antes de que hubiera un pueblo, había una capilla dedicada a mi nombre. Era la primera de todo el país. Lleva 924 años y 6 meses en ruinas. Quiero que sea reconstruida lo antes posible y que tú te encargues de ello, porque Dios quiere que yo sea honrada allí, Dios quiere que vengáis allí en procesión...».

Para confirmar su petición, en una aparición posterior en marzo del año siguiente, le pidió que llevara consigo a los vecinos y los condujo hasta el campo de Bocenno, donde encontraron enterrada una estatua de Santa Ana, «reliquia» y prueba de la existencia del antiguo edificio de culto. La primera Misa celebrada en el lugar, el 26 de julio de 1625, marcó oficialmente el inicio de la devoción y las peregrinaciones. Yves y su esposa Guillemette, que no podían tener hijos, tuvieron cuatro: Yves (como su padre) y Julien murieron a temprana edad, mientras que sobrevivieron Jeanne y Sylvestre, que se hizo sacerdote. El agricultor, entretanto, se había convertido en constructor y director de las obras de reconstrucción de la capilla, pero luego se apartó para escapar de la curiosidad de los peregrinos. Murió el 13 de mayo de 1645, confesando: «Veo a la Santísima Virgen y a Santa Ana, mi buena patrona».

Pero hay una "historia dentro de la historia" que tuvo lugar a la sombra de Santa Ana solo doce años después de aquellos hechos. Esta extraordinaria historia, que aquí solo mencionamos brevemente, fue la conversión del "diablo de Bretaña": así llamaba la gente a Pierre Le Gouvello, señor de Keriolet, una especie de *alter ego* de Yves. Tan manso y devoto era uno, como disoluto y malvado era el otro. Huelga decir que Pierre se burlaba de todos los devotos que acudían a rezar a Santa Ana. Su total atracción por el mal solo tenía dos excepciones: nunca rechazaba la limosna, aunque reaccionaba con indignación cuando un mendigo le aseguraba sus oraciones; y, por contradictorio que parezca, había mantenido la costumbre, quizá desde la infancia, de rezar un Ave María cada día.

Lo salvó una visión del Infierno: vio el lugar al que estaba destinado si continuaba con su conducta. En ese momento no fue suficiente: después de pasar dos meses en una certosa, salió y volvió a vivir peor que antes. Hasta que tuvo la oportunidad de asistir a unos exorcismos y, una vez más, fue el demonio quien le enfrentó a su condición, a través de los labios de una mujer poseída: le reveló el estado de su alma y

le habría precipitado con él si no hubiera sido... por ese Ave María. Esta vez, el cambio de Pierre fue auténtico y radical. Se hizo penitente y peregrino, se retiró a su castillo, donde recibía principalmente a religiosos y pobres, viviendo él mismo como un religioso. Más tarde se hizo sacerdote e incluso exorcista, precisamente él, que había sido esclavo del diablo. Santa Ana, que en otro tiempo había sido objeto de burlas, se convirtió en destinataria de sus donaciones en beneficio de los pobres y de sus continuas peregrinaciones hasta el final: acudía allí todos los miércoles y sábados, celebrando la Misa y distribuyendo limosnas. Allí, el 8 de octubre de 1658, entregó su alma a Dios después de haberla vendido al diablo.

La extraordinaria conversión de Pierre Le Gouvello, la gracia de los hijos tras la larga espera de Yves y Guillemette, la propia reconstrucción del templo perdido, dan testimonio de que, desde sus orígenes, la de Sainte-Anne d'Auray es una historia de renacimiento donde todo parece perdido. «El plan de Dios no puede fallar», subraya el obispo de Vannes, monseñor Raymond Centène, en su carta pastoral con motivo del jubileo del santuario: «Después de 924 años y seis meses, la capilla ha sido reconstruida. Ante la secularización actual, a veces podemos sentirnos impotentes, pensar que el cristianismo ha llegado a su fin. (...) Al igual que el templo de Jerusalén fue reconstruido tras el exilio, la capilla de Keranna ha sido reconstruida y lo ha sido de nuevo tras la Revolución» (entre cuyas ilustres víctimas se encuentra también la estatua original de Santa Ana, que acabó quemada durante el saqueo de la iglesia). Es «el designio de Dios», recuerda mons. Centène, «el que se despliega en la historia de los hombres, a través de los sobresaltos de esta misma historia, pero sin que nunca decaiga su poder».